

GENTE

Madrid 11 de Enero 1902

Año 3.º

Núm. 56

CONOCIDA



Marquesa de San Román



NUESTRA PORTADA

Marquesa de San Román

Recordando los versos que Echegaray pone en boca de uno de sus más célebres personajes, podemos decir, al contemplar el retrato de la Marquesa de San Román que su rostro hechicero es toda una mañana, todo un sol que aparece.

Esa mañana y ese sol vienen á sintetizar las ilusiones con que se comienza siempre á vivir un nuevo año, en ese despertar del alma en que se forjan proyectos y se estimulan las energías y se pretende vivir de nuevo.

Los encantos de la juventud, las gracias todas de la primavera, refléjanse en los ojos bellísimos de Milagros Carvajal, que copian la luz del cielo; como rayos de un sol esplendoroso son los cabellos de oro que adornan su linda cabeza; sus sueños, de color de rosa como sus mejillas, fueran la inspiración de la poesía dulce y placida de Bernardino Santi-Pierre, el poeta de los amores puros, de las almas sencillas y de las nobles pasiones.

La gentil Marquesita que hoy abrillanta la plana de honor de esta Revista pertenece á una estirpe de bellezas que no decae. Es digna descendiente de su ilustre abuela la Marquesa de los Arenales, de su madre la Marquesa de Navamorcuende; la proverbial hermosura de las mujeres de su Casa, osténtala gallardamente, con la gallardía de los pocos años...

Los timbres de nobleza que van unidos á la Casa de Abrantes, de quien desciende por la línea paterna, ceden ante la nobleza de su corazón, ante la bondad de su alma, ante su carácter angelical.

Buena, joven y hermosa, ocupa principalísimo puesto entre las muchachas de la aristocracia española, y si las mujeres son los ángeles de la tierra, la Marquesa de San Román es uno de los ángeles más bellos que pueden idealizar la existencia.

CIN-KO-KA

INVIERNO



Dibujo de Espina.



G.C. gr.

Enero

¡Mi cuerpo y mi alma están yertos!... ¡Qué frío... Mis miembros entumecidos se niegan á la obediencia y las ilusiones mueren. ¡Oh, cruel Enero! Me obligas á empezar otro año, sufriendo tus rigores inclementes y... ¿para qué? Para sumar mayor número de engaños y desengaños á los ya sufridos. Para seguir luchando por una vida que se acaba. ¡Y si tú no consigues vencerme, me vencerá otro Enero! ¡No, no quiero luchar!

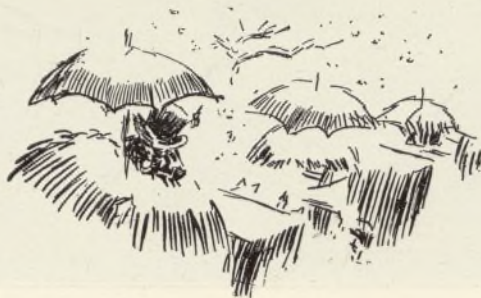
Me doy por vencido: me entrego. Venga la muerte: ese sueño eterno, dulce, reposado y tranquilo, en que ni sufre la materia ni se engaña el espíritu. Resplandezca la verdad. Basta de farsa grosera. ¡Quiero vivir! Pero vivir donde haya luz, donde ésta se presente vigorosa, resplandeciente, no rodeada de densas nieblas que amortigüen sus rayos de oro. Quiero el placer, la alegría y el entusiasmo; pero no reducidos al Carnaval de la vida, donde la dicha de unos choca con las pasiones de otros, donde hermanan el bien y el mal, la verdad y la mentira; donde el cruel gavilán de reluciente camisa é intachable frac acecha á la inocente paloma del obrador, confundida en repugnante orgía con las lechuzas del vicio; donde el amigo hace traición á su lealtad, ante las mudas promesas de lascivos ojos que asoman descarados por las ventanas de encubridora careta; donde para ocultar el lodo que pisan, todos á porfía cubren el suelo de *confetti* y serpentinas... Ese calor que en su pecho siente el creyente: que hace soñar á los hijos del Profeta con los goces del harém prometido: que obliga á los que comulgan en Cristo á la abstinencia del placer sensual, para hallar la recompensa en una eterna adoración de Dios.

Quiero ese amor que abrasa. Ese

amor que llevó de Oriente á los Reyes de la tierra en busca del Rey del Cielo, caminando sin más guía que una estrella; que los postró á sus divinos pies, olvidándose de su propia grandeza y los obligó á adorar al que eligiera por trono un pesebre... ¡Oh sublime fuego del amor!... ¿Dónde hallarte?... En vano corro desalentado en tu busca... Allí donde me dicen que pueda tal vez encontrarte, dirijo mis pasos, para llegar rendido, jadeante y sin alientos, cuando una llama mortecina lanzó al aire su última espiral de humo, que sube, se extiende y se difunde en el espacio... ¡Y abajo un montón de cenizas, que manchan si se intenta removerlas! Las lágrimas asoman á mis ojos. Llora con pena, por no hallar lo que busco; con desesperación, al considerarme impotente para continuar la ruda batalla de la vida. ¡Para mí, es siempre Enero! Quiero el calor: pero no el calor artificial, ni el desarrollado entre enconos y mezquindades, ni el que emana de los cuerpos, fatigados por el baile y rendidos por el sueño... No: quiero el calor de la fe, el que vivifica al alma y la hace olvidar lo pequeño: el que la acerca á su Creador: el que la salva. Y tú, Enero, me alejas de mis ideales: enfías mi cuerpo, hielas mi espíritu... Te veo llegar con tus mañanas de vida y tus noches de muerte, acechando á tus víctimas; dispuesto á herirlas traidoramente, para cubrir sus cadáveres con el sudario de tu nieve blanca...

Agostas mi fe, pues veo perdidas las ilusiones concebidas y no realizadas en el año que acabó. ¿Y aún quieres que luche?... ¡No, y mil veces no!... ¡Proclamaré tu victoria!...

Se acabaron en mí las energías... ¡¡Qué frío!... Es la muerte.



José G. ONTIVEROS



El rojo grisáceo de una tarde húmeda de rigoroso y despiadado invierno prestaba el encanto de lo indefinido y confuso al paseo, envolviendo entre sus luces indecisas aquella multitud aigarrada y heterogénea, que se divertía arrojando papellitos multicolores y desenrollando serpentinas, feliz porque le era permitido tapar con cartones, rasos y crines, lo que en el transcurso del año había de ocultar por esfuerzo de sus músculos, y que encontraba placentero esparcimiento en correr, saltar, vociferar palmoteando, sacudir plumeros, preguntar tonterías y decir sandeces.

Por la avenida central desfilaban arrogantes y majestuosos, en armónico desorden, los grandes trenes de los privilegiados que podían permitirse marchar a su antojo, sin guardar respetos ni atender a conveniencias ajenas; por los costados, y en interminable y monótona fila, que semejava larga cadena sin fin, los carruajes de aquellos que, gustando el placer de poseerlos y lucirlos, habían de atenerse a las incomodidades y molestias de obligado itinerario, respetar el turno de prioridad en los que, más despiertos o más impacientes, habían llegado antes, y pausadamente, detenerse o acelerar el paso, a medida que las exigencias de la circulación de peatones les interrumpía o impulsaba en su marcado camino.

Por las calles laterales, reservadas para los de a pie, fuesen máscaras o gentes sin otro antifaz que su propia cara, como satisfechos del buen resultado obtenido en todo tiempo, movíanse en compacto e interesante grupo figuras de todas clases: disfraces lujosos, enmascarados vulgares, trajes ridículos, andrajosas vestiduras, narices monumentales, bigotes recios como cepillos, estudiantes alegres que para asustar a las bondadosas mamás desenroscaban los molestos «mata-suegras», esgrimidores incansables de plumeros, bromistas sin gracia, viejos verdes rozándose y babeando a las señoritas cursis, que en su deseo de exhibirse lo soportan todo, conquistadores poco exigentes, que se satisfacen por una mirada insípida, y, en fin, ese conjunto incalificable y sin color, porque los re-

Febrero

une todos, que recorre siempre el mismo trillado sendero, y que, después de procurarse distracciones distintas, según los gustos de cada cual, vuelve a su casa grandemente satisfecho porque se ha divertido *horriblemente*. El ruido era espantoso. Quién llamaba al amigo perdido en los frecuentes apretones, producidos por verdaderas y temibles olas de carne humana, que rompían siempre con perjuicio del más débil; cuál

mamá solicitaba, con los ojos desmesuradamente abiertos, espantados, a su niña, que había partido adosada al primer audaz seductor de Carnaval; de un lado, alguien reclamaba a grandes voces el sombrero, que había marchado por los aires, sin necesidad de otras alas que las suyas, resolviendo por obra maravillosa de magia el problema de la dirección aérea; más allá, otro desgraciado buscaba inconsolable su capa, desprendida *automáticamente* de los hombros de su dueño, que siempre hay quien aproveche las revueltas del río, fungiendo de pescador ganancioso; y por todas partes los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías, los chicos interceptaban el camino al paseante, exponiéndole a una caída, en su afán por recoger los *confettis* desperdigados en el suelo y llenos de polvo, para arrojarlos de nuevo al rostro de la primer infeliz que cumpliera sus aspiraciones en materia de belleza femenina; todo allí era bullicio, interjecciones, apóstrofes, gritos, empujones, apreturas, sudores, confusión y magullamiento de carnes; todo declaraba un pueblo, siempre niño, que se divierte cuando se lo permiten, y con bien poca cosa; nada era humano, nada lógico, nada racional; semejava un puñado de locos a quienes permitiera completa libertad el médico-director del establecimiento, entregados a la más ridícula de las orgías...

Y me sorprendió tristemente cuántas y qué grandes cifras alcanza el número de los desventurados que para descubrir sus instintos y mostrar aquellos sentimientos suyos que en el resto del año hipócritamente desfiguran, necesitan ocultar el rostro tras el pintarrajeado cartón de una careta.

ANTONIO SOTOMAYOR





Marzo, desequilibrado, intranquilo, revuelto, con mañanas de sol y tardes de nubes; brisas que se truecan en vendabales y vendabales que acaban en brisas; nevadas efímeras, cuyos copos son blancas ilusiones que mueren al caer; Marzo, con invasiones de calor y acometidas de frío, parece el esfuerzo con que la naturaleza se despierta del sueño hondo del invierno y pugna por abandonar el lecho que la retiene con inercias poderosas y huir de aquella imagen espantosa de la muerte, para celebrar con brincos de corzo y cantos de alondra la llegada de la hermosa primavera.

La primavera es la luz, y la luz es la alegría, y la alegría es la actividad, y la actividad es la vida.

La primavera es el amor que todo lo florece, el amor que todo lo canta, el amor que todo lo derrama; y no el interés egoísta que seca, que enmudece, que oculta y se pone de guardia de honor de su tesoro.

Lo que importa es saber amar, amar la hermosura del amor, y no las contorsiones seductoras del vicio; amar la hermosura de la justicia, de la generosidad, del genio, de la templanza, del heroísmo y del sacrificio, y no las demasías de lo injusto, que sobre todo pasa, ni las dilapidaciones del hijo pródigo, ni la alquimia del plagio, ni las intemperancias de la lujuria, siempre hidrópica, ni las audacias y desmanes del temerario, ni la cobardía insensata del suicida.

El amor nada finge y todo en él es espontáneo y lleno de ingenuidad; el vicio, si es viejo, alardea de mozo; si es pobre, de rico; si es plebeyo, de blasones y escudos; si necio, de sabio con el silencio, porque este es el único rostro que puede copiar la necesidad de la sabiduría.

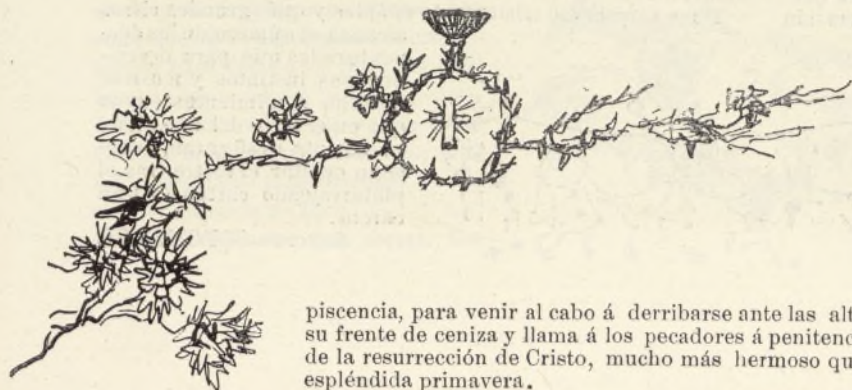
Como el diablo es la mona de Dios, la seducción es la mona

del amor; y como en Dios todo bien es propio de su naturaleza divina, en la seducción todo es postizo y fingido, todo es hipocresía triste del bien y máscara tornadiza de la virtud. Del amor nace la paz de la dicha legítimamente poseída; de la seducción, las locuras del placer, los escándalos del vicio, las batallas de la materia y del espíritu, de la carne y de la razón. Hermosos son los hijos del amor: ellos dan alegría y traen bienandanza é inclinan al trabajo y llenan la imaginación de sueños de rosa para el porvenir y de esperanzas que no se truecan por todas las felices realidades del presente. Los primeros engendros de la seducción son los arrepentimientos, que maldicen la fecundidad de la carne y están de continuo pidiendo que se agosten sus frutos en flor, porque todos los senderos y atajos del porvenir los miran oscuros y erizados de peligros con la presencia de aquellas criaturas maldecidas en las mismas entrañas de su madre.

Pero como no son arrepentimientos del placer prohibido, sino tristeza y desesperación de sus frutos, pretenden curar las mordeduras de su rabia con el óleo envenenado de placeres nuevos; que es como abandonar el barco que naufraga y hace agua, para arrojar al mar de cabeza, ó salirse de noche del hogar oscuro para engolfarse en la oscuridad y soledad de una selva.

Pero la conciencia no se aniquila con tantos desbordamientos del placer y martilleo de los vicios; la conciencia batalla por la luz y va arrollando con su influencia constante las nieblas de la pasión y abriéndose paso en el ciclo de la verdad por entre monstruos, endriagos y quimeras, que, dispersos y derrotados y caídos, la dejan campo abierto para que se enseñoree y resplandezca como heroína vencedora. Así, la luna de Marzo, hermosa y blanca, como el espectro de una diosa, va disminuyendo y aclarando la cerrazón que formaron los vientos, asoma á veces su melancólica faz por entre los mudos titanes y centauros que fingen las nubes, para iluminar súbitamente la tierra, y al fin se pasea triunfante y serena por el campo azul de los cielos, mientras van desapareciendo por el lejano horizonte los pardos nubarrones, heridos con tajos y cuchilladas de luz. La conciencia aparta del mal al alma pecadora y la impulsa hacia Dios, y se libra la batalla entre el arrepentimiento y el placer, donde se cruzan silbos de pastor y besos eróticos del vicio, rayos resplandecientes de la verdad y sombras de los últimos embaiamientos de los sentidos, suspiros de la voluntad contrita y recuerdos y lágrimas y arrullos de la concupiscencia, para venir al cabo á derribarse ante las alturas del Señor en aquel tiempo en que la Iglesia cubre su frente de ceniza y llama á los pecadores á penitencia y los prepara, codiciando resucitarlos, para aquel día de la resurrección de Cristo, mucho más hermoso que la resurrección de la naturaleza con la llegada de la espléndida primavera.

Marzo



piscencia, para venir al cabo á derribarse ante las alturas del Señor en aquel tiempo en que la Iglesia cubre su frente de ceniza y llama á los pecadores á penitencia y los prepara, codiciando resucitarlos, para aquel día de la resurrección de Cristo, mucho más hermoso que la resurrección de la naturaleza con la llegada de la espléndida primavera.

PRIMAVERA



Dibujo de Flórez



Sólo una pluma como la mía, mal cortada, y amén de mal cortada abierta de puntos, es capaz de emborronar cinco cuartillas con otras tantas vaciedades, acerca del primaveral mes, cuyo nombre encabeza estas líneas descabezadas. Y para mayor desgracia mía, no puedo alegar falta de asunto con que llenar, no digo cinco cuartillas, cinco mil, que después vendrían á parar (este ya es otro asunto), á cualquier acreditada ó desacreditada tienda de comestibles, más ó menos *potables*, que dice un concejal amigo mío.

Asuntos hay de sobra, *pero* (que socorrido es este *pero*), ¿no es verdad, encantadoras lectoras mías y pacienzudos lectores míos, que es muy difícil para un escritor (lo soy, pues que escribo), que no tiene personalidad, hablar de un mes que tan traído y llevado ha sido por todos los que de letras se ocupan?

¡Tener personalidad! Ese ha sido siempre, si no mi caballo, mi burro de batalla (aún no me han armado caballero en la andante literatura).

Y para esta tan manoseada clase de trabajos es para cuando yo quisiera tener personalidad.

¡Abril! Ahí es nada... decir algo del mes de Abril, que no hayan dicho los demás, ocurrírsele á uno ideas nuevas, ser original, TENER PERSONALIDAD...

Como dije al principio, asuntos no faltan. Ejemplos: Podría empezar el presente escrito, agarrándome para cumplir, y no es mal asidero, al Diccionario de la Lengua Española, y decir con él: «Abril, cuarto mes del año según nuestro cómputo; consta de treinta días... etc., y después de éste á manera de portón franco, entrarme sin permiso de nadie por el interior de la casa y unos ratos con el vulgo y otros con el Diccionario, que no deja de ser vulgar, entrar á saco en el cuarto de los refranes é ir removiéndolos uno por uno y diciendo: «Abril, aguas mil» y explicación

Abril

al canto, ó bien; «Abril y Mayo son llaves de todo el año» y traducción á la vuelta y de esta manera cádate con el trabajo hecho pues no es menester para ello más que, como dije antes, agarrarse al Diccionario que está al alcance de todas las inteligencias, aunque no lo esté al de todas las fortunas. Otro ejemplo, y este novísimo, que me proporciona la literatura andante. Podría decir (es ejemplo ¿eh?) «Abril, mes azulado, que con efervescencias diamantinas de sultana pálida, remueve mi espíritu, como los cadenciosos crepúsculos alteran mi alma con solidez de despertar prematuro». Pero si digo esto no me van á entender los lectores, porque yo tampoco lo entiendo. ¡Como no tengo melenal!

Ultimo ejemplo: Cójanse y mézclense los últimos días de Semana Santa, en la que todo son tinieblas, con el primero de Pascua, en el que todo es luz y agitando fuertemente esa amalgama, saldrán después por el angosto cuello de la redoma en revuelta confusión, nubes pardas y rayos de sol, rostros macilentos por la abstinencia y el ayuno y caritas rozagantes y frescas animadas por las brisas primaverales, ojos apagados y dormidos, encerrados en la estrecha cárcel de un manto verdinegro y mantillas blancas de encaje sirviendo de marco á un óvalo perfecto, al que dan vida otros ojos más despiertos y brillantes y una boca encendida y sonriente; paños negros y telas claras, violetas marchitas y claveles reventones, luces y sombras, penas y alegrías, el eterno contraste...

¿Verdad que el cuadro está hecho y no hay nada más apropiado para decir algo sobre el mes de Abril?

Pues con estar hecho, no quiero emplear la pintura que tengo á mano porque... porque eso sería copiar de mala manera un cuadro pintado por los Velázquez y Murillo de la literatura, y yo aunque malo, quisiera ser original y... no puedo.

Mas como tengo que decir algo del mes de Abril, y ese algo no se me viene á los puntos de la pluma, tomo el primer ejemplo de los tres, y copio: «Abril, cuarto mes del año según nuestro cómputo...» y digo después á la ingrata de los puntos abiertos: «aquí quedarás colgada, desta espetera y deste hilo de alambre, mal tajada péñola mía, á donde vivirás luengos siglos». Y aquí hago punto, aunque el autor no lo hace.

Son palabras de Cide Hamete Benengeli en el capítulo LXXIV, libro VI del nunca bien... etc., etc.

RICARDO DE LA VEGA (hijo).





Mayo

Ese mes, cantado por los poetas, en que la naturaleza se viste con sus más espléndidas galas, es entre nosotros el mes de las carreras.

La fiesta hípica, que tuvo en España un corto período de apogeo merced á la decidida protección del difunto duque de Fernán-Núñez y del último marqués de Villamejor, no ha sido en realidad más que un pretexto para que nuestras damas aristocráticas pasearan por el *stand* sus elegancias primaverales.

Y era un cuadro ciertamente encantador, algo que recordaba las fiestas celebradas en los jardines versallescos en la época esplendorosa de madame de Pompadour, ver deslizarse sobre el verde césped que se extiende delante de la tribuna regia y en torno á la de libre circulación, á las beldades aristocráticas, luciendo trajes de tonos claros de batista y encajes, rodeando las lindas cabecitas con las plumas y flores de los sombreros, y sirviéndolas de fondo las abiertas sombrillas, de cuyos mangos de oro y piedras preciosas pende la tarjeta de la Sociedad de Carreras.

Buscan algunos las violentas emociones del juego en las apuestas mutuas; miran otros con ojos de inteligente *sportman* los caballos dispuestos á lanzarse en vestiginosa carrera; pero la mayoría de los concurrentes se deleitan en la contemplación de las mujeres hermosas, que alegran la fiesta rindiendo homenaje á la belleza.

Situado el Hipódromo casi dentro de la población, no tienen razón de ser los grandes enganches, que son

consecuencia obligada de la distancia á que se encuentran otros hipódromos.

Los trenes de carreras en Madrid más bien son un lujo, y su exhibición da brillo y esplendor á la fiesta, sirviendo de estímulo á la mayoría de los madrileños, para presenciar el *desfile*, lo más interesante sin duda alguna de la fiesta hípica que cuenta con pocos adeptos entre nosotros.

Los andenes del paseo de la Castellana, cuajados, valga la frase, de hermosas mujeres, los carruajes en largas filas, desde el Hipódromo á las Cibeles, y por el centro los grandes enganches que presentaban el conde de Balazote, el marqués de Villamejor, Pedreño, el marqués de Mudela, el duque de Fernán-Núñez, el marqués de Alcañices, el duque de Alba, el marqués de la Laguna, el conde de Torre-Arias, el marqués de López Bayo, el conde de Valdelagrana y otros varios, daban brillantez y alegría y animación á las carreras. Los días de carreras se esperaban con impaciencia, especialmente por las muchachas, por la gente joven, dispuesta siempre á divertirse.

Hoy está la fiesta en plena decadencia: las cuadras de Fernán-Núñez y Villamejor no existen ya; la afición, que nunca fué grande, es casi nula; los premios mezquinos no logran tentar la codicia de nadie, y si subsisten las carreras, débese, primero, á su

ilustre Presidente el marqués de Alcañices, y segundo, á este sol esplendente de España, que luce más brillante que nunca en esas deliciosas tardes Mayo, en que todos los madrileños se lanzan á la calle y lo mismo llenan las localidades de la Plaza de toros que los cerros cercanos al Hipódromo de la Castellana, animando con sus gritos á los *jockeys* que pasan cual exhalaciones por la pista, jadeantes y encorvados sobre el fino cuello de los caballos de carrera.

MONTE-CRISTO





Junio

La naturaleza entera, rejuvenecida y engalanada, trata de indemnizar al hombre de los rigores que le hizo sufrir el invierno cruel y despiadado. El rico comienza á proyectar sus viajes de costumbre; el labrador á calcular sobre materia conocida el producto de su recolección, y el pobre se ve libre del lodo que entumeció sus pies y del frío que turbó su sueño bajo el dintel de alguna puerta.

En este mes de mis amores, la vida parece que acaricia una esperanza al mirar el cielo azul que, según dijo el poeta, ni es cielo ni es azul... el día que nace es un placer que embriaga con su frescura, con su luz, con el gorjeo de los pájaros.

Madrid tiene pocos árboles, pocas flores, pero en cambio, no es difícil encontrar por sus calles y sus paseos más flores que en los cármenes de Granada ó en los jardines de Valencia, porque las mujeres madrileñas (y llamo madrileñas á todas las guapas) tengo para mí que son verdaderas flores en primavera y verano.

Bien podría asegurarse que desde Mayo á Octubre no son posibles las mujeres feas, porque esta clase benemérita se repone al influjo de la primavera, como las pasivas cuando cobran una paga; se dan una vuelta tan completa que el observador más estudioso las desconoce.

Y esto se explica bien; no hay nariz que permanezca inalterable, sin amoratarse por la punta, bajo la influencia de dos bajo-cero, ni mejilla que no se acardenale, ni ojos que no lloren,

ni boca, cuello y garganta que puedan lucirse cuando las palabras se hielan.

En uno de esos días de esplendorosa belleza, y á la caída de la tarde, el paseo de coches es un espectáculo soberbio...

¿Quién no lo disfruta por dos pesetas?

Si el cochero de punto, hombre discreto si los hay, diese á la lengua rienda suelta, y perdonense las asonancias, como se le da al caballo en las vueltas del Retiro y de la Castellana, se sabrían secretos; con los que él escucha se pueden escribir no una sino muchas crónicas. Pero todo lo lleva con resignación menos si le marean con órdenes y contraórdenes. Ponte en esa fila— el que le tuteen también le desespera;— ponte en esa otra, al paso, trota, vuelve, sigue á ese coche, un coche de briosos caballos que avanzan rápidamente sin necesidad de que se los hostigue con la fusta cuadrada, verde, con cabos largos de plata que empuña el cochero con orgullo por ser la más *chic*... ¿cómo ha de seguirle el pobre *simón*, si su jamelgo camina por un milagro de la divina Providencia? Y en tanto que el señorito de la *manita* consume más fluido nervioso que un arco voltaico, piensa con pesadumbre en la propina, por cuya suerte teme...

En el paseo de coches, reconcéntrase durante el mes de Junio la vida madrileña.

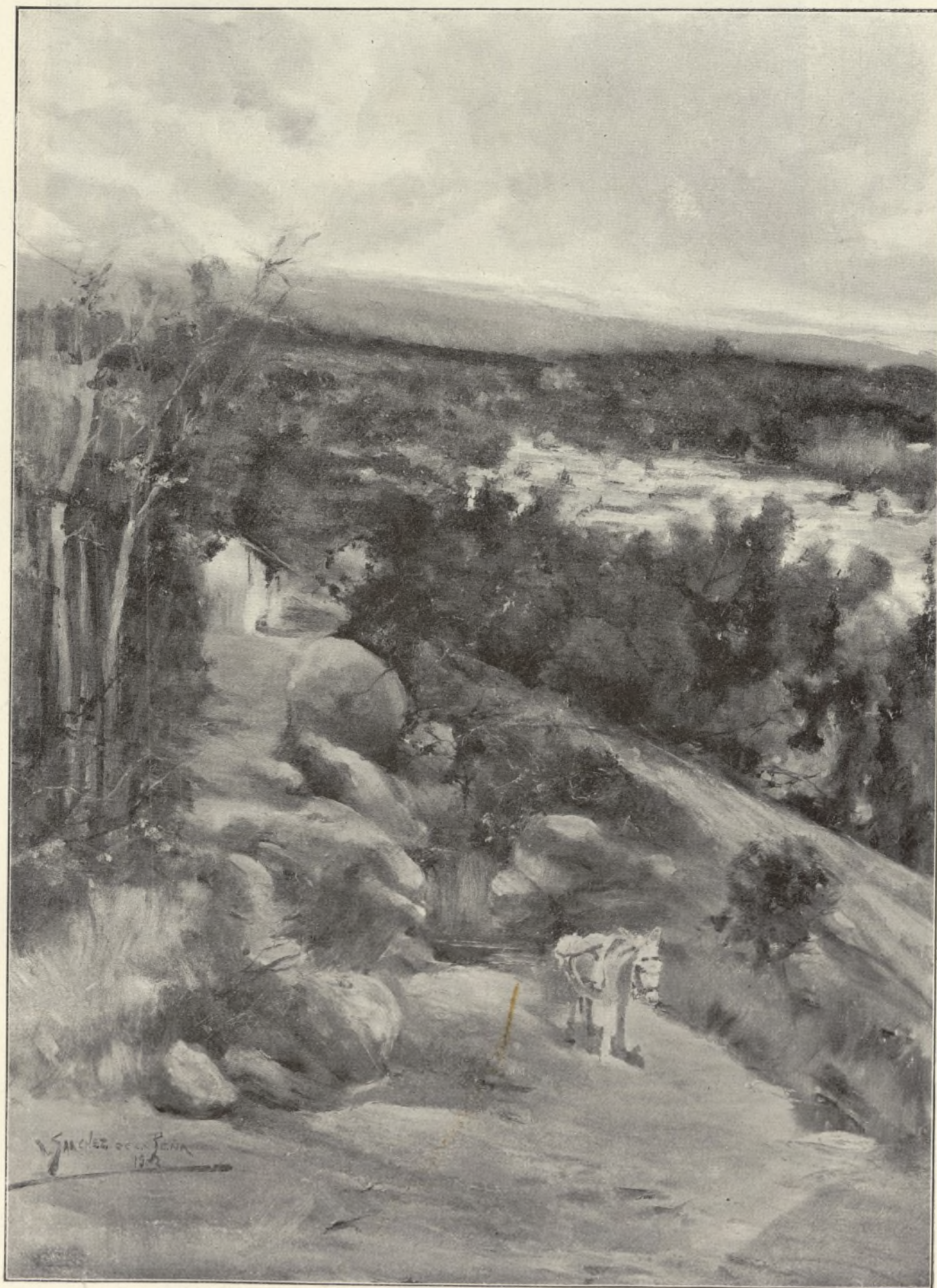
Lujos, vanidades, esperanzas, amores, se dan en esas tardes de sol espléndido, que arranca reflejos de oro al hebillaje de las guarniciones, tardes de poesía infinita en que se confunden con el olor de tierra húmeda los aromas de las flores; y en que se siente la alegría de vivir con ansias de enamorado.

La belleza del cuadro es una tentación y quién sabe si alguno, por figurar en él decorosamente, mira impasible que su honra va rodando como su carruaje elegantísimo de aros de goma, cuya presencia es advertida de las gentes por el sonido del cascabel.



JULIO DE LANZAS

VERANO



Dibujo de Sánchez de la Peña.



G.C. gr.

Julio

Cae la tarde. El tren directo de Madrid á San Sebastián se pone en marcha. Es un convoy á beneficio exclusivo de la gente adinerada que alterna su vida veraniega entre la capital donostiarra, Zarauz, Biarritz, San Juan de Luz y otras plazas del Cantábrico. Los coches (*sleepingcar*) tienen un extenso balcón corrido que permite al viajero desentumecer las piernas, mientras otea el paisaje. En uno de los compartimientos van una mujer y un hombre que hablan con la familiaridad cordial que da tono á las relaciones de los amantes y de los casados. Es un matrimonio. La mujer es casi una niña. ¿Su edad? Cualquiera acierta á determinarla. Entre los veinte y los treinta años todas las mujeres son iguales. Es rubia, con ojos garzos de húmeda mirada, circunstancia que deja entrever un temperamento sensual, graciosas la nariz y la boca. El cuerpo es garrido y esbelto; uro de esos cuerpos de mujer que, contemplados de lejos, despiertan ideas delicadas; pero que, en la intimidad del abrazo, tienen la recia elasticidad del acero. Viste con sencillez y cubre la espesa mata de sus cabellos rubios con un sombrero de paja, sin otro adorno que una cinta de moaré y un penacho de amapolas que cae sobre el ala. Su marido es un hombre grueso, bajo, ventrudo, pero de exterior simpático. A pesar de sus cuarenta años, parece ágil. Hay en sus movimientos la regularidad del que disciplina sus músculos en los deportes; la equitación, la esgrima y la caza. Es calvo, tiene claros é inteligentes los ojos, pronunciada la nariz, grande y bien surtida de dientes la boca, usa bigote con las guías caídas y viste con elegancia.

Mercedes (con gesto de preocupación).—¿Has despedido á los de Castañeda?...

Adolfo (encasquetándose la gorra de viaje).—Cuando fui á verles no estaban en casa. Dejé tarjeta... Es gente á quien se le va lo más del día en la calle... Siempre están de compras...

Mercedes.—Siempre no. Es que le están haciendo el equipo á Matilde...

Mercedes.—¿Has visto á los de Caravias? (Movimien-

to afirmativo de Adolfo.) Van á Zuazo; á fines de mes estarán también en San Sebastián. Asunción padece mucho de catarros.

Adolfo.—Y su marido también. Se conoce que se contagian... (El tren redobla su velocidad y una ráfaga de aire con partículas de carbonilla se le meten á Adolfo en los ojos.) ¡Bien hecho! ¡Por curioso! ¡Qué asco de trenes! (Mercedes se ríe.)

Mercedes (entretanto que su marido parpadea sin poderse librar de su tortura).—¡Mira, mira aquellos carneros! (Un rebaño se queda atrás, pastando sosegadamente los rastrojos tostados por el sol canicular.)

Adolfo.—¡Déjame de carneros!... (Se aplica un pañuelo en la parte lastimada. El camarero de servicio se acerca y advierte á los señores que la mesa está dispuesta. Mercedes y Adolfo penetran con lento paso en el vagón-restaurant. Dos hileras de mesas hincadas á uno y otro lado del coche dejan franco el tránsito por el centro. Al entrar Mercedes inclina la cabeza con parsimonia contestando á un saludo.)

Adolfo (distráido).—¿Quién es?...

Mercedes (con fingida indiferencia).—Alvarez Landero...

Adolfo (con visible escama).—En todas partes coincidimos... ¿No te sorprende eso? (Gesto desdefioso de Mercedes.)

Mercedes (acomodándose junto á la mesa).—¿Supongo que no tendremos una escena de celos?... (Risueña.) Porque, la verdad, nos malograria la expedición...

Adolfo (monologando para su fuero interno).—¿Qué clase de mujer será ésta? ¿Qué lazos le unen con ese hombre que nos siguió á todas partes. (Mirando á su esposa con fiscalizadora fijeza.) ¿Qué tenéis dentro las mujeres? ¿Qué oscuros gérmenes de perfidia os empujan á la mentira y al engaño? ¿Eres tú fiel? Y si no me has traicionado de hecho, ¿cuántas veces turbó tu carne la tentación?...

Mercedes (en voz alta).—Te recomiendo este civet de liebre. Está riquísimo. (Se hace plato.)

Adolfo (distráido).—Apenas si tengo ganas... En cuanto salgamos de aquí me tumbaré á dormir...

Mercedes.—¿Acaso te duele la cabeza?...

Adolfo (con desabrimiento).—No me duele nada... (Un silencio.) El tren avanza, tragándose leguas de tierra. Y en el interior de los vagones viajan la inquietud y la angustia, compañeras inseparables de los hombres.

MANUEL BUENO





El tren avanza fatigosamente, cruzando los campos de Castilla. Desde las ventanas del vagón, á un lado y á otro, se ve extenderse la tierra, una tierra blanca, calcinada por el sol, con lomas que se extienden hasta el límite del horizonte, cubiertas de amarillento trigo salpicado de rojas amapolas.

Se ve, á lo lejos, alguna torre levantada junto á un pueblo roñoso, cauces de ríos secos, viñedos polvorientos. El aire está turbado por vapores blancos, que parecen salidos de un horno; y el tren sigue fatigosamente su marcha.

El anochecer es de una tristeza infinita: el sol se oculta tras de la línea recta del horizonte envuelto en un nimbo rojizo.

Luego avanza la noche; brillan las estrellas en el cielo y las grandes chispas de la locomotora pasan por delante de los cristales del vagón como pupilas curiosas sostenidas en el aire.

Amanece, y el paisaje cambia. Se ven montes altos, desnudos; después se cruzan desfiladeros pedregosos; luego, ya, se pasa un túnel y al poco rato otro y otro, y aparece un valle huido, verde, y aquí una fabriquitá y un puente, y allí un molino. El tren va dando vueltas, unas veces acercándose al monte, otras al riachuelo que salta en su cauce, lleno de espuma. El cielo está azul, dulce, suave, y algunas nubes de mármol corren en el océano del espacio.

La cercanía del mar se anuncia una ó dos estaciones antes por el olor que tiene el aire á marisco. Al acercarse al punto de llegada, la agitación en el vagón es febril; se cree haber olvidado algo, todo el mundo habla al mismo tiempo.

Llega el tren; la estación está rebotando gente; señoritos con trajes claros, vistosos, señoras, criados con gorras de visera, muchachas con papalina en la cabeza y delantal blanco, curas franceses. Hay un momento de apretones de manos, besos sonoros y risas.

Los mozos de los hoteles y de la estación van y vienen de aquí á allá con un cargamento formi-

Agosto

dable de baúles y de maletas; todo el mundo abandona el andén; ruedan después los coches hacia el pueblo...

En la playa, la animación es grande; los chiquillos, negruzcos por el sol, hacen agujeros en la arena y recogen conchas y caracoles; en toda la extensión del mar próximo á la playa no se ven más que una serie de puntos negros; algún bañista atrevido se acerca á la lancha de salvamento, sube á ella y se arroja después al agua.

En las casetas de madera y de lona de colores, en las altas sillas de mimbre, charlan señoras rodeadas de chiquillos. Se ve en los sitios solitarios de la playa alguna sombrilla rosa que oculta una muchacha bonita sentada en el suelo, y á su lado un jovencito con sombrero de paja. Miran al mar y escriben en la arena sus nombres que borrarán las olas, como quizás el tiempo borrará sus amores...

De noche, la vida se reconcentra en las terrazas y en los salones de los Casinos.

En el kiosco toca la música; en la terraza se forman tertulias de gente que charla y comenta las noticias sensacionales de la víspera. Hay conversaciones que tienen el gran atractivo de ser vehículo de anhelos inconscientes. Pasean los muchachos entre filas de mujeres hermosas, ataviadas con lujo; hay roces de faldas de seda, perfumes, una atmósfera de alegría y de sensualidad.

En el salón de baile se preludian los primeros cotillones; la terraza queda abandonada, y mientras las muchachas bailan y las señoras juegan á los caballos y los hombres van á buscar impresiones fuertes en la mesa del treinta y cuarenta y del bacarat, el mar, allí cerca, sigue mugiendo sordamente.

Y al volver del baile y del juego, al respirar el ambiente salino de la noche templada y húmeda, estallan los deseos como los capullos de una flor al abrirse...

Pío BAROJA





E.C. grv.

Septiembre

Septiembre es el noveno mes del año, como ustedes sabrán, y si no lo saben echen la cuenta, porque es muy fácil. La chifladura humana le consagra al *sport* de la caza, según me aseguran mis compañeros de redacción, porque yo no sabía nada de eso.

El mes de la caza es el que origina más contraventores al octavo mandamiento de la ley de Dios, porque es el que produce más mentirosos.

Yo he oído á varios cazadores las relaciones más estupendas de episodios de caza, porque además, y sin que esto tenga una explicación satisfactoria, no hay cazador que no presuma de narrador hábil y ameno.

Los incidentes de la caza no interesan más que á los cazadores, y á la propia caza, si la hubiese, que acontece muchas veces, las más, que no la hay; es decir, caza si hay siempre, lo que ocurre es que no siempre se consigue.

Por lo demás, las aficiones cinegéticas tienen, como *sport*, su lado útil y virtuoso.

La caza es la única diversión que autoriza á que se abandone el hogar doméstico durante cuatro, seis y hasta quince días, sin que haya mujer, suegra, madre ó tía carnal que proteste.

Tener participación en un coto y arreos de caza, es tener la libertad para todo lo que se necesite.

Todo está en todo, como dijo Nicolás González, cazador de oficio, para que se vea también que de cuando en cuando hago citas que demuestran cierta erudición en la materia de que trato.

Estando yo en un pueblo de la Mancha con un íntimo amigo mío que poseía en sus contornos extensas posesiones (en los contornos del pueblo), se le ocurrió organizar una partida de caza á un monte bajo de su propiedad, inmediato al pueblo en que nos hallábamos:

La tal cacería no era sino una disculpa para que yo comiese

el famoso gaspacho manchego, que consiste en pedacitos de pan elaborado sobre el terreno en el mismo monte, y cocido en el rescoldo de las retamas quemadas, á los cuales se les agrega toda la caza que se consigue en la excursión.

La fiesta se organizó de modo que pudieran asistir las damas más distinguidas de la localidad, y entre ellas hubo dos que eran las mujeres de los dos mejores escopeteros que venían, dos verdaderos monteros.

A mí me dieron una escopeta, de tiro rápido sin duda, porque en cuanto la cogí en mis manos se disparó contra toda mi voluntad, proporcionándome la desastrosa impresión de que había asesinado á diez ó doce personas.

Cuando me percaté de que todos los excursionistas permanecían en pie, tal rebozo me entró y tan de improviso, que debí de propasarirme con una de las monteras.

Al ver mi inexperiencia en las armas de fuego, me cambiaron la escopeta disparada por otra de cañón de chimenea, y un cartucho con pólvora sola, es decir, sola no, con agua, para, que caso de ocurrirme otra imprevisión, resultase un número de fuegos artificiales.

En el lugar del monte que se nos antojó más ameno, hicimos alto; los cazadores experimentados se internaron en el monte, y mi amigo y yo nos quedamos para ayudar á las señoras en la corta de leña y preparación de viandas, porque según dictamen no servíamos ni de ojeadores, así como suena, ni de ojeadores.

Más de una hora transcurrió sin que viniese alguno de los cazadores con sus piezas ganadas, la cual hora nos pasamos jugando con las monteras sin grandes miramientos al sexo.

Precisamente, cuando estábamos en uno de los momentos más divertidos de la sesión, aparecieron los cazadores en lo alto de una loma.

—Eh; ¿qué tal?—les grité yo muy alarmado por si nos habían sorprendido en alguna cómica actitud propia del juego.

—¡Nada!—dijeron á coro, ¡no hemos visto absolutamente nada!

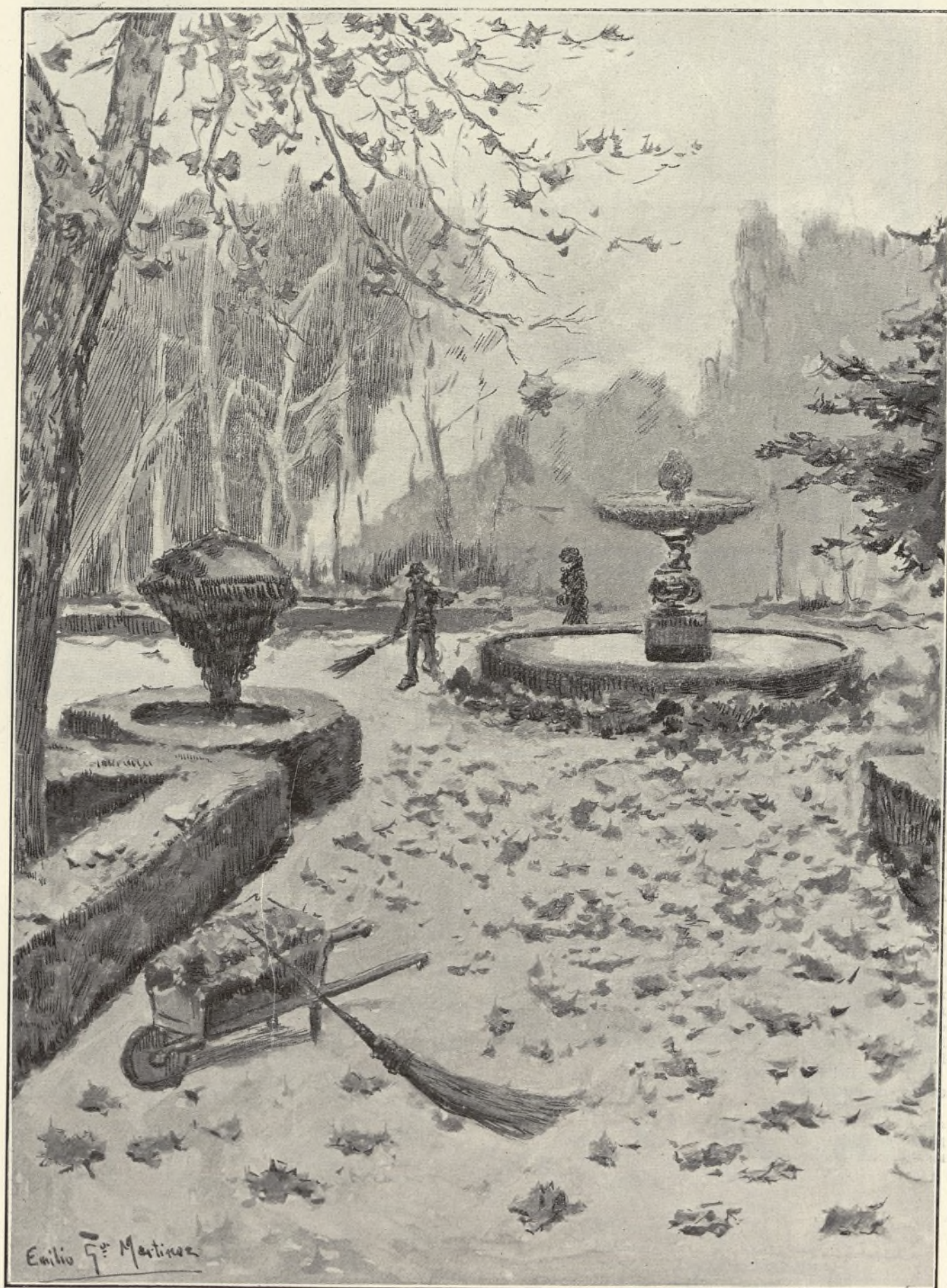
—¡Demontre!—les contestamos.

—¡Ah!—dijo muy convencido uno de los monteros;—¡pues si llegamos á ver algo, menudo gaspacho hacemos aquí esta tarde!



FÉLIX MÉNDEZ

OTOÑO



Dibujo de García Martínez.



Penosísima tarea para la doncella de Elisa Malvar la de vestir á su señorita la noche del veintitantos de Octubre. Aquella noche se verificaba la inauguración del Real, «solemnidad con que empieza su vida de invierno la buena sociedad madrileña»—según dicen todos los años, con monotonía de péndulo, los cronistas de diversiones.

Elisa estaba muy nerviosa y la cosa no era para menos. Quería resultar más bonita que nunca, y todo lo encontraba mal: el vestido nuevo, el peinado, la salida de teatro, el abanico y los impertinentes.

No tenía razón al juzgarse así, y acaso lo hubiera comprendido Elisa á no ser por su deseo tenacísimo de ser la más bonita de todas, de causar por su elegancia la envidia de las mujeres y de fijar en su hermosura la atención de los hombres... sobre todo de los pícaros hombres del palco del Veloz, que muy rara vez, en temporadas anteriores le dirigieron los gemelos.

Elisa tenía satisfechos cuantos caprichos proporciona el dinero, y, sin embargo, no era feliz. Le faltaba para serlo un cariño, un amor, pero... de cierta clase. Ella quería para marido un duque, un marqués, un conde... Una corona, en fin, que colocara sobre la fortuna de su padre. Por eso estaba tan preocupada la noche de la inauguración del Real—su fiesta favorita, pues ella no iba á bailes—Por eso le ponía tan nerviosa la desconfianza de su propia hermosura. Poco ó casi nada hablaron madre é hija. Bajaron la escalera. Dentro del portal les esperaba la berlina.

La sala del Real ofrecía un aspecto deslumbrador.

Iba á terminar el primer acto y aún no había llegado Elisa. En el palco del Veloz (como ella le llamaba), sus nobles contertulios

Octubre

ponderaban la cacería con que había obsequiado á sus amigos el Conde de Camposeco, cuando entró el Duque de Caracena y les hizo la siguiente pregunta:—¿Alguno de vosotros conoce á Elisa Malvar? Una muchacha riquísima. (Ninguno la conocía.)—Me han asegurado que es hija de Gustavo Alarcón y que éste y aquélla se parecen como dos gotas de agua.

Alarcón era conocido de todos. Procedía de la política; había sido varias veces ministro y su fisonomía estaba popularizada por las caricaturas.

—En el comedor del Nuevo Club—signió diciendo el Duque—se ha comentado este parentesco con motivo del regreso de Alarcón á Madrid.

—Habría venido á ver á la familia—decían algunos.—No sé de dónde partió el rumor; pero, verdad ó mentira, tengo curiosidad de comprobar ese parecido tan asombroso...

—¿Qué cuenta ese embustero?—interrumpió desde el fondo, y desperezándose Manolito Rentería, á quien los horrores de la digestión, complicados con alguna copa de cognac, le habían tenido hasta entonces durmiendo como un bendito sobre un diván del antepalco.

No poco trabajo costó á los nobles camaradas de Manolito enterarle de lo que hablaban; pues—aparte de que el sueño no le había abandonado por completo—se distraía mirando á todas partes. Por fin, cuando se enteró, dijo con su verbosidad acostumbrada:—Yo la conozco... No es fea esa chica... Al retiro va con su madre... Tienen unos caballos preciosos...

Yo te la enseñaré una tarde, mañana mismo, pero no es menester; porque ahí la tienes... Mírala, ahora entra en la quinta platea.

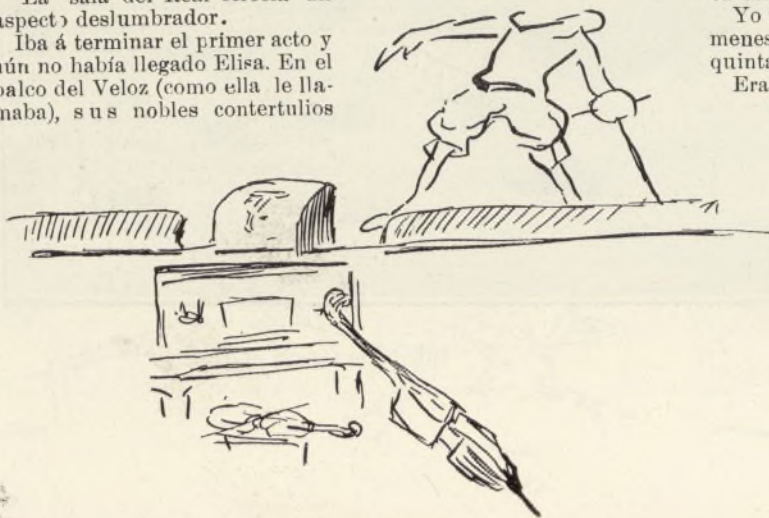
Era verdad. En aquel momento entraban Elisa y su madre, Elisa, muy pálida, se sentó dando la espalda al escenario.

El Duque, Manolito y todos los demás dirigieron sus gemelos hacia la platea.

Al observar Elisa la unanimidad y la insistencia con que la miraban todos los del célebre palco del Veloz, sintiéndose orgullosa como foco único hacia el que convergían todos aquellos gemelos que curioseando hacían el análisis minucioso de su belleza; al ver logradas sus aspiraciones y realizados sus sueños, pensó radiante de júbilo:

—¡He dado golpe!

FEDERICO DE SANCHO





E.C. grv.

Noviembre

¡Hojas amarillentas que el viento helado de Noviembre arrastra en triste torbellino! ¡Cuánta melancolía hay en vosotras! ¡Cómo vuestros crujidos parecen ayes de las almas que se quejan. ¡Sois el Otoño con su tristeza infinita, las ilusiones que se desvanecen, los ensueños que mueren, las esperanzas que el desengaño hiera! ¡Gratas visiones de nuestros castos amores, pasad! ¡Seguid vuestro camino, arrastrado por el soplo de Noviembre! ¡Dormid en paz, hojas amarillentas que el viento helado arrastra en triste torbellino! ¡La blanca nieve, como tapado sudario, os cubrirá dándoos santa sepultura!

Como Febrero es la locura, Noviembre es la melancolía de las cosas. En este mes pueden las almas ser románticas, despojarse del mentiroso oropel de una alegría fingida y con los negros paños de las eternas tristezas recorren el cementerio de la vida sin temer a la burla de las gentes. Febrero es el Carnaval que se disfraza. Noviembre, el cementerio que desnuda. Aquel, la carcajada que resuena. Este, el suspiro que se apaga. Allí se oyen los cascabeles que gritan. Aquí se escuchan las campanas que tañen...

Oidlas, mortales. Tejed coronas amontonando flores; mas no vayáis al Camposanto a deshojarlas sobre sepulcros de mármol ni sobre fosas de tierra. Coged violetas azuladas de aromas que no se sienten, crisantemos de hojas de nieve que nacieron sin perfume, y lentamente depositadlos en el inmenso cementerio del espíritu, en la honda tumba del corazón...

Miradlos. Allí están vuestros difuntos, que aún reconoce bajo su muerto sudario vuestro amor. Son nuestros muertos, los que todos amamos, los que todos conocimos. Llamadlos por sus nombres. ¡Miserere! Son los amores del corazón, los ideales del espíritu, la Fe, la Gloria, la Verdad, la Justicia, la Libertad, la Mujer, fantasmas vanos, engañosos, sólo reales cuando los vemos muertos sin esperanza de resurrección futura. Arrodillaos ante ellos y llorad. Que vuestras lágrimas corran, sin temor a la vergüenza, por las mejillas que empalidece el recuerdo. Noviembre es el amigo de los tristes, el compañero de los melancólicos. En él las almas soñadoras se despojan del convencionalismo y la mentira, de la hipócrita máscara que el egoísmo nos impone, pudiendo a cara descubierta llorar ante el cadáver de sus ilusiones muertas y sollozar á voces en la angusta soledad del cementerio...

¿Qué ruido llega, despertándonos, hasta nuestros oídos? Son los pasos de un hombre. Es un lacayo de lujosa librea, y va encorvado bajo el peso de dos enormes coronas. Son siempre-

vivas, y en los lazos que las prenden se leen con letras de oro las palabras: «¡No me olvidéis!» ¿A donde va? ¿De parte de quién viene?

Quién sabe. ¡Las nubes, condensándose, van cayendo gota a gota como lágrimas. La obscuridad, avanzado lentamente, nos empuja hacia el mundo, con sus sombras. Maquinalmente caminamos y en la inconsciencia del instinto nos encontramos en la ciudad nuevamente. Las luces de los teatros no atraen como a las aves en la noche. Ruido de aplausos hiere nuestros oídos. Es el público, la humanidad, que aplaude con entusiasmo la apasionada endecha del amor puesta en labios de Don Juan y la sublime credulidad de la mujer, en el amor de Doña Inés simbolizada.

Y de repente, una luz viva, intensa, brilla en el fondo de nuestro espíritu, disipando las tenebrosas sombras de la muerte que condensó el cementerio é iluminándolo con fuego deslumbrador, y comprendemos la pasión del público por las periódicas representaciones del *Tenorio*. La muchedumbre, con su asombrosa inconsciencia, ha visto un símbolo que el poeta mismo no soñó en su obra. Porque Don Juan, más que el amor de los sentidos, que pasa, es la resurrección, la vida eterna, lo inextinguible, lo infinito, el ideal, lo que renace, lo que revive en las tumbas, cuando muere, evocado por la voz de Doña Inés; es el amor de las almas, que perdura...

FERNANDO ANTÓN DEL OLMET





G.C. grv.

Diciembre

Dice un refrán que «sobre gustos no hay nada escrito»; y enseña otro que «cada cual habla de la feria según le va en ella» y dicho esto no ha de causar asombro el que se afirme que el mes de Diciembre es de los más simpáticos de los doce del año.

Mes que, según es costumbre, se pasa junto a la lumbre porque como la calle y el campo nos despiden en cuanto el astro rey se retira, hay necesariamente que vivir la vida del hogar, y por eso es la época en que menudean las fiestas y veladas de familia. Encantadoras y dulces horas, las mejores de la vida, que entre los seres queridos transcurren deliciosamente, prestando al alma la placidez y el descanso que necesita para fortalecerse, templarse y poder resistir los duros embates que sufrir pueda en la lucha por la existencia de su propio enemigo el cuerpo. ¡Hermoso vivir! ajeno al endiablado laberinto del mundo, dicho sea con perdón de los literatos modernistas que alardean de escépticos; seres aburridos que reniegan de la vida, seguramente porque no pueden ó no saben disfrutar de ella; y conste que eso de literatos modernistas no lo dice este servidor de ustedes porque presume de *antigüista*, sino porque no presume de literato.

Llega por fin el día 31, último del mes de la matanza y de la recolección de la aceituna, y al mismo tiempo del año, día en cuya noche se celebran dos simbólicas ceremonias, la de *echar los años* entre damas y galanes, y la que dicen que es *porte bonheur* en el año entrante, que consiste en comerse un racimo de uvas al señalar el reloj la última hora del año que se va.

Sobre el origen de esta *sotisse française* han discutido mucho, claro es que los que no tienen otra cosa que hacer de mayor importancia, pero parece ser que la versión más autorizada es la que me ha referido un mi amigo *gascón*, mas no de los cadetes de la Gascuña que á Carbón tienen por capitán.

Parece ser que uno de los Luises, reyes de Francia (no diré cuál para que no se sonroje su memoria), casó al comenzar á regir los destinos de su reino con una dama, que desde luego puede afirmarse que fué una *real moza*, pero que tuvo para el monarca el inconveniente de tener madre, como el Julián de *La Verbeña de la Paloma*. No eran muy cordiales las relaciones entre suegra y yerno, y parece ser que hubieron de tener *unas palabras* cierto día, desde el cual aquel rey perdió la tranquilidad y con ella el bienestar. Todo eran disgustos en el vecino reino; ningún súbdito estaba contento de su rey, porque la doña *Arpia* de su suegra *armaba cada chisme*, que hizo que las conspiraciones se hallasen tan á la orden del día, como en Madrid el levantamiento de los pavimentos de sus calles; aquel pobre Luis no comía, ni bebía, ni descansaba, era un infeliz completamente. Más de cuatro veces pensó en la muerte, pero no debió de pensar en ella con buen fin, porque la muerte no le hizo caso.

Cuando menos lo esperaba, una noche (la del 31 de Diciembre de aquel año) en que se celebraba banquete regio, al que, por exigirle la etiqueta palaciega, asistía doña *Arpia*, la dicha señora, excesivamente aficionada al moscatel, así en fruto como en extracto, dió rienda suelta á este su placer, y bien porque aquellos confites de Noé se hallaran envenenados, con siniestro propósito respecto del rey, bien por lo excesivo del atracón, después del cual hubo de beberse tres ó cuatro azumbres de agua helada y algo turbia (porque en todas partes hay y ha habido canales del Lozoya), lo cierto es que expiró rápida y convulsivamente. Desde aquel instante la felicidad entró *realmente* en aquel palacio como conducida por la mano de gentil *mascotte*, y para conmemorar este grato acontecimiento, punto de partida de su ventura y de la prosperidad y engrandecimiento de su reino, estableció el buen Luis la ceremonia, fórmula ó símbolo, que hoy es costumbre, de comer doce uvas á la última hora de la última noche del año, debiendo ser doce por ser doce los meses del año, y no como han dicho algunos por ser las doce la última hora, toda vez que ésta es la veinticuatro por disposición natural y del Sr. Dato.

Como me lo contaron os lo cuento, y os deseo, queridos lectores, que comáis muchos años las consabidas uvas y que no os hagan el efecto que le hicieron á doña *Arpia*, sino el que le hicieron al susodicho rey, es decir, que seáis muy felices en larga vida, y que lo vea

XAVIER CABELLO



NUESTROS SUSCRITORES

Continuamos la publicación de la lista de nuestros suscriptores por el orden en que éstos fueron dándose de alta.



*Excm^a. Sra. Marquesa de Peracamps.
Señora Doña Dolores Chirapozu de Lam-
bargi (Busturia).
Sr. D. Francisco Cayuela de Aledo.
Señorita Doña Fidela Gardeta.
Sr. D. Rafael Marín Valcarcel (Elche de
la Sierra).
Excmo. Sr. D. Arsenio Linares Pombo.
Señora Doña Carmen Manrique de Lara
(Las Palmas).*

Grandes talleres de fotograbado

DE

“GENTE CONOCIDA,,

69 Y 71—ANCHA DE SAN BERNARDO—69 Y 71

Cromotipia.—Autotipia.—Grabados en bronce, acero, xilográficos, etc.

ESPECIALIDAD EN RÓTULOS EN LATÓN ESMALTADOS

Director-técnico: DON JOSÉ SABINO PEREIRA

Todos los grabados que se publican en esta Revista están hechos en sus talleres



Con canto dorado
100 tarjetas, 1,50 pesetas
50 id. 1,00 »

ATOCHA, 6
(esquina á Concepción Terónima.)
MAYOR, 47
(esquina al Arco del Triunfo)

GRAMOFONOS

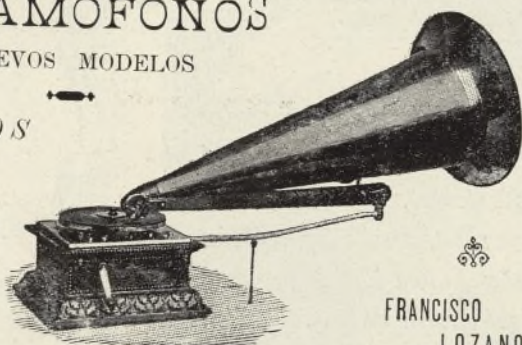
NUEVOS MODELOS

DISCOS

escogidos

á 4 pesetas

mil diferentes



FRANCISCO
LOZANO

Madrid — 14, Paseo de Recoletos, 14 — Madrid

Centro Técnico de Nodrizas



Reconocidas, analizada la leche
y observadas.

Calle de la Abada, 6
MADRID

M. Brañas



—RELOJERO—

Esta casa tiene un gran taller especial para composuras de toda clase de relojes, donde se hacen con la mayor precisión, disponiendo de personal competente que lo ejecute.

También se encarga de dar cuerda á los relojes en las casas por una pequeña asignación.

Garantía verdad.

Precios módicos.

Plaza de Matute, 12

20, Calle de Preciados, 20 LA FUNERARIA

PRIMERA EMPRESA DE SERVICIOS FUNEBRES EN ESPAÑA.—TELÉFONO 225

PASTILLAS DONALD

Cloro-boro-sódicas con cocaína.

ulceraciones, sequedad, granulaciones, afonía producida por causas periféricas, fetidez del aliento, placas mucosas, fenómenos bucales de la dentición, salivación hidrargírica, efectos nocivos de la nicotina, catarros laríngeos, efectos nerviosos del estómago, vómitos, etc., etc.

TENEMOS PREPARADAS

Pastillas Cloro-Boro-Sódicas. — Pastillas Cloro-Boro-Sódicas, con cocaína y mentol. — Pastillas Cloro-Boro-Sódicas, con pilocarpina. — Pastillas de cocaína y mentol. — Pastillas de cocaína, codeína y mentol. — Pastillas Cloro-Boro-Sódicas, con guayacina y mentol.

Para los casos en que los señores Médicos las consideren indicadas.

Las pastillas Donald, premiadas en varias Exposiciones científicas, tienen el privilegio de que sus fórmulas fueron las primeras que se conocieron en su clase en España y en el Extranjero.

Se venden en todas las farmacias y en la del autor.

NUÑEZ DE ARCE, 17. (Antes Gorguera.)
MADRID

Aguas minerales de Burlada (Pamplona)

Especialísimas para mesa, solas ó con vino. Las mejores para combatir y prevenir dolencias del estómago, hígado, vías urinarias, y recomendadas para los diabéticos.

DE VENTA EN TODAS PARTES

Centro Mercantil



de JOSE BOLUDO

58 — Preciados — 58

Antiguo y acreditado establecimiento de compra-venta donde se da todo su valor por alhajas, ropas y papeletas del Monte. — En venta gran surtido en alhajas, relojes y ropas de todas clases

Rafael Cifuentes



Peluquero de cámara de S. M. el Rey D. Alfonso XIII

CARRERA DE S. JERÓNIMO, 3

Ofrece á su numerosa clientela su nueva casa.

R. FRAILE

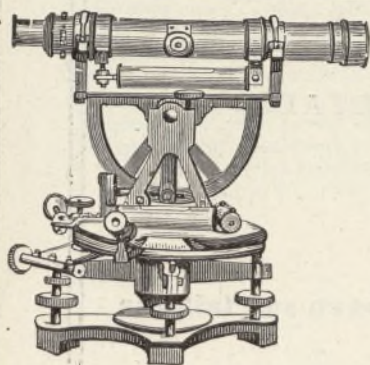
Taller de encuader-
naciones y libros
rayados. Encuader-
naciones de lujo y
económicas.

Olivar, 14 y 16



Carmen, 4

—Sastres especiales—
para niños y niñas.



REGARTE (hijo). Echegaray, 8 y Carrera de San Jerónimo, 15. Madrid.

CASA FUNDADA EN 1836.—Teléfono 1.202.—PRECIO FIJO

Ciencias.—Instrumentos de precisión, Topografía, Geodesia, Optica y Electricidad; de Matemáticas, Física y Química, Minería, Guerra, Marina, etc., etc.

Antropometría.—Colecciones completas, según sistema adoptado por la Cárcel Modelo.

Efectos y útiles para Delineación, Dibujo, Acuarela, Grabado y reproducciones de toda clase de trabajo, en papeles al ferropusado y sensibilizados de las primeras marcas de Europa.

Gran surtido en toda clase de objetos de escritorio y efectos de campaña.

Especialidad en gemelos militares.

Representa á la casa de Staffords en su The Stafford Pen que fabrica la mejor pluma-tintero que existe.

Para más detalles
pídase el
Catálogo general.

